

atribuye como eje central lo mismo que le había causado problemas censuriales a *Javier Mariño*, pero en grado superlativo: el erotismo, el «clima sexual de los personajes». Acierta, en compensación clarividente, al vincular la imaginería presente en la novela con «el arte pictórico de Solana», y con Baroja «el primor de la escritura (...) con un especial encanto lírico». Y la reseña concluye con un *envío* a «mi querido Camilo» en el que, con un cierto deje paternalista, el crítico Gonzalo lo conmina a que profundice más en la tragedia de los personajes «y déjate de experiencias técnicas».



No dispongo, por supuesto, de constancia directa de cómo le cayó a Camilo la crítica de Gonzalo. Por aquel entonces yo estaba en el primer año de mi edad, pero pasados los tiempos pude vivir en directo el enfado morrocotudo que le produjeron a Cela, por caso, algunas críticas de *Cristo versus Arizona*. Tampoco hablamos nunca de aquel episodio de 1951, aunque me inclino a pensar que el autor de *La colmena*, al que un buen amigo de Torrente Ballester, Dionisio Ridruejo, definió en su día con singular tino como «un gran estratega de su fama», valoró más el espaldrazo y la publicidad que le daba su amigo como aristarco influyente que era que sus objeciones más o menos justificadas.

En todo caso, el 27 de marzo de 1977 no asoma el más mínimo rescoldo de desencuentro entre Camilo y Gonzalo. Muy al contrario, Cela comienza prometiendo mención a «nuestras numerosas coincidencias y nuestras disparidades escasas». Siendo muy diferentes sus respectivas poéticas novelísticas, ambos comparten la afirmación del género como el «oficio sin metro» que postulaba Baroja, coinciden en la inexcusable «hora del lector» para la plena realización ontológica de la novela y en el imprescindible acomodo y la adecuación en su texto entre realidad, palabra y estructura. La manera en que Gonzalo expone estos argumentos le parece *diáfana* a Camilo, «producto —a no dudarlo— de lo diáfano de su pensamiento». Y asimismo, al receptor el recipiendario, para acabar de definirlo, le parece «hombre cabal y ejemplar, por su obra y su conducta, de los pies a la cabeza». D. V.—Exdirector de la Real Academia Española

Carolyn Richmond / Tres amigos de la libertad: Ayala, Cano y Gil

Fundido de apertura

Reunidos están Francisco, José Luis e Ildefonso en el madrileño piso del primero, donde, a instancias mías, han pasado a retratarse frente a una estantería rellena de libros adquiridos por aquel en este su último volver a

empezar. Desde la salita de estar, tras atravesar el salón central habíamos pasado al despacho: el radiante sanctasanctórum del errante escritor. En la foto solo José Luis —complaciente, como siempre— se dispone a posar; platicando aún están los otros dos, a la espera de la llamada al orden de la *amiga* de Ayala (yo), al tiempo que, en un primer plano, de perfil y vistiendo aquella camisa blanca con rayas entrecruzadas de rojo y azul que luce en otros retratos fotográficos de aquel verano, este último parece sopearla.

Aunque posiblemente exista una toma más «formal» de aquella reunión, me quedaré con esta pose en proceso de tres queridos *personajes* míos sorprendidos por su *autora* eventual. Sostengo, ahora, entre las manos la instantánea original: la imagen, algo desteñida ya, me lleva de vuelta al momento. En el dorso había anotado yo, en tinta azul: «Vacaciones 1977». El *vestuario* informal de los modelos apunta, en efecto, al verano, y el recorte, color y cantidad de pelo de cada cual, su edad aproximada (tenía Cano sesenta y seis; Gil, sesenta y cinco; y el anfitrión —*de vuelta, ya, en casa*—, setenta y uno). Impaciente, la directora de escena saca un retrato *desenmascarado* del momento inmediatamente anterior a la pose «formal» que capta a los actores como realmente son: tres viejos amigos escritores acatando un capricho de aquella recién doctorada profesora norteamericana que entonces era yo. Habiendo sido al mismo tiempo testigo, partícipe (invisible) y recreadora de la *toma* fotográfica en cuestión, me «veo» yo ahora —en sentido figurado— desempeñando un papel semejante al de Buster Keaton en el suyo de proyccionista/detective en ciernes/prendiente en *El moderno Sherlock Holmes* (1924),

Tanto en el claroscuro como en las tonalidades de la versión original de ese modesto *fotograma* de una especie de *película* mía, se ha venido produciendo, con el tiempo, un *descoloramiento* cada vez mayor de mi recuerdo de aquel trío de *actores* en ella retratado: está todo desvaneciéndose ante mis ojos.



La foto en sí carece de valor estético, lo cual en modo alguno invalida su interés humano. Se trata, aquí, de un punto de partida visual para tres *cortos* recreados mediante el blanco y negro de la palabra impresa y los tintes del recuerdo.

Un trío de «poetas profesores» (cortometrajes de autora)

1. El 21 de enero de 1939 cruzó la frontera francesa el mayor de mis tres personajes, el granadino Francisco Ayala, que unos dos meses después, y acompañado de miembros de su familia inmediata, emprendería un peregrinaje que le llevaría a Buenos Aires, luego (1950) Puerto Rico y finalmente (1958) a los Estados Unidos continental desde donde, a partir del año 1960,

SELECCIÓN DE IMÁGENES DEL SIGLO XX

Gonzalo Torrente Ballester y Camilo José Cela, 1977. Por cortesía del Instituto Cervantes.

José Luis Cano e Ildefonso-Manuel Gil, con Francisco Ayala, 1977. Por cortesía de Carolyn Richmond.

SELECCIÓN
DE IMÁGENES
DEL SIGLO XX

regresaría —de manera ocasional primero, luego definitivamente— a España. Su adquisición, en 1961, del piso de la calle Marqués de Cubas donde hube de sacar, 17 años más tarde, la instantánea que sirve de pretexto para la presente semblanza corrobora, a juicio mío, el firme compromiso de Ayala para con «la —según él— ingrata patria». Fue la suya una trayectoria vital larga y ejemplar, de un simbólico blanco y negro, primero, luego, ¡a todo color!

2. La del algecireño José Luis Cano, perfilado por Ayala en sus *Recuerdos y olvidos* (1906-2006) como «un inocente» (solo en parte por haber nacido el día 28 de diciembre...), resultaría ser, en cambio, tanto literal como figurativamente —y pese al optimismo propio del personaje—, más bien gris, y desde luego llena de desengaños. Yo misma le tenía un cariño infinito. Modesto, generoso, afectuoso, y sumamente valiente, en su largo cometido como cofundador, luego director, de la revista *Ínsula* consiguió plasmar en acción su hondo compromiso con la libertad de expresión. Y *eso* —recuérdese—, desde el encierro del exilio interior. Tendría que esperar más de treinta años, pobre, dando la batalla entre el blanco del bien y el negro del mal, para gozar, por fin, de una democracia en colores.

3. A medio camino entre la trayectoria vital de los dos anteriores está la del poeta-profesor darocense Ildefonso-Manuel Gil, quien, como José Luis, estuvo encarcelado por los nacionalistas. Fue la suya una historia en blanco y negro que pasaría, con el tiempo, a un *tecnicolor* vital. Tras haber sobrevivido, a su vez, el encarcelamiento, fue recobrando su propia libertad personal, proceso que culminó a principios de los años sesenta en una importante relocalización profesional, propiciada por su amigo Ayala, a una cátedra en la Rutgers University de New Jersey, desde la que, poco después, se trasladaría al Brooklyn College de la City University of New York... donde, a continuación —y ¡de pura casualidad!—, sería contratada la autora de estas líneas y, poco después, el propio Francisco Ayala... De vuelta, en 1983, a España, Gil sería nombrado director de la zaragozana Institución Fernando el Católico.

Fundido de cierre

Que en el presente número *primaveral* de la revista *Ínsula* vaya reproducida en colores esta vieja instantánea mía, descolorida por el paso de los años, me parece sumamente oportuno y digno de agradecimiento, ya que —tal como en su momento ocurriera en la película *El mago de Oz*— hace que cobre *vida* mi añorado trío de *poetas profesores*. C. R.—Escritora

Elide Pittarello / Esplugues de Llobregat, verano de 1986

Esplugues de Llobregat, verano de 1986, en casa de Manuel Lombardero, figura clave de la editorial Planeta. Con su hijo se ha sentado detrás de Juan Marsé. La hija de este, junto a Jaime Gil de Biedma. Con una copa en la mano Ángel González habla: desde 1975 enseña literatura en Albuquerque, EE. UU., y en su asiduo vaivén con España suele visitar al anfitrión. Son asturianos ambos, se conocen desde la adolescencia. Con un amago de sonrisa todo el mundo mira al poeta expatriado menos Joaquina Hoyas, la mujer de Marsé que tiene los ojos cerrados, la postura relajada, está descalza. Llevan rato allí reunidos: la mesita repleta de tabaco, ceniceros, vasos, botellas medio llenas, vaciada ya la cubitera. Aunque la *gauche divine* es un recuerdo de la juventud rompedora de los mayores, el humo y el alcohol siguen acompañando sus encuentros. Verse es un hábito antiguo, la *philia* recíproca aviva las afinidades —el gusto literario, la pasión civil, la insumisión aventurera— desde las diferencias. Entrevistado en 1983 por Maruja Torres, dijo Gil de Biedma que era tan amigo de Marsé «porque tenemos en común el que los dos pertenecemos a dos culturas muy distintas, pero las

dos a extinguir, y eso hace que nuestra relación con el mundo sea muy parecida. Él, con esa relación sentimental que tiene con la cultura de ateneo obrero de barrio..., y yo, ligado como estoy a la cultura liberal de principios de siglo». Con razón Carme Riera ha realzado el peso estético de la amistad en el grupo de Barcelona o promoción del 50, si bien los escritores aquí retratados (y otros que no están) tenían en menos esas etiquetas. Solo un lanzamiento publicitario, declaraba Gil de Biedma. Se leían mutuamente sus inéditos, hibridaban lecturas exquisitas y anécdotas cotidianas, compartían vivencias dignas de escribirse con ironía y hasta sarcasmo. Prohibido ser patéticos. Lo acataba con creces Marsé, cuya historia más desgarradora, *Si te dicen que caí* (1973), se basa en su propia niñez. Si revisó el texto en 1976, 1989 y 2010 no fue solo para emendar erratas. Mientras el pasado se agite el relato es provisional, a uno se le va la vida en los detalles. Esta foto abarca pues muchas memorias, las ortodoxas y las anacrónicas. Hay, por ejemplo, una huella predictiva en el poema «Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma», compuesto veinte años antes. En el apóstrofe que le dirige a su fantasma, el yo desdoblado evoca como una profecía de finitud una gran fiesta de 1965, en Nava de la Asunción: «regresan las imágenes felices / traídas por tu imagen de la muerte. / Agosto en el jardín, a pleno día». Los versos sucesivos añaden a esta foto el aura de un vaticinio singular: «Vasos de vino blanco / dejados en la hierba, cerca de la piscina, / calor bajo los árboles. Y voces / que gritan nombres. // Ángel, / Juan, María Rosa, Marcelino, Joaquina / —Joaquina de pechitos de manzana». Salvo María Rosa Campos y Marcelino Somesó, los jóvenes de entonces siguen juntos en esta toma de Charo Lombardero, han sumado éxitos y descensos. Ángel, tan dado al chiste paródico, en una de sus «Glosas a Heráclito» (1978) había sentenciado: «Nadie se mete dos veces en el mismo río». Así ahuyentaba la obsesión común, el paso del tiempo, si bien llegaría a octogenario como Juan, el único que no dejó de apostar por la imaginación que salva, novela tras novela. Es reciente su despedida. En esta foto solo a Jaime le ronda la muerte. En octubre de 1985, en un hospital de París anotaba en su diario: «Empiezo a hacerme ilusiones de salir adelante y estos dos últimos días me he sorprendido algunas veces pensando en el futuro». Ya no escribía versos, valoraba más la buena conversación. E. P.—Università Ca' Foscari, Venecia, Italia.

Ana Rodríguez Fisher / Homenaje a Miguel Delibes en
El Escorial, 1991. Con Rosa Chacel y Rafael Alberti

¿De qué hablarían Miguel Delibes, Rosa Chacel y Rafael Alberti para, en el instante que captó esta fotografía, mostrarse los tres tan implicados en la conversación? Parece incluso que tomasen la palabra simultáneamente, a

Ángel González,
Joaquina Marsé, Manuel
Lombardero y su hijo,
Juan Marsé, Berta Marsé
y Jaime Gil de Biedma,
1986. alb. 1171450.